

La identidad y *los otros*. La identidad morelense

The identity and *others*. The 'morelense' identity

José Iturriaga de la Fuente

Resumen: La identidad es un tema que ha ocupado a pensadores de todos los tiempos, en el mundo y en México. El estudio de la identidad propia de un pueblo puede enriquecerse con la visión de "los otros", los que no pertenecen a ese pueblo, pues suelen ver aspectos que pasan ya desapercibidos a los lugareños, por ser cotidianos. La visión ajena no supe a la propia, pero sí la complementa, incluso cuando es negativa o hasta distorsionada. Aquí se presentan breves citas "morelenses" de 29 extranjeros de 12 países, escritas a lo largo de seis siglos. No es éste un estudio analítico sino una investigación, no obstante, destaca rasgos que perfilan al morelense de ayer y de hoy. Al final, se esbozan algunas conclusiones preliminares. Aunque las fuentes de este trabajo son de carácter histórico, sus conclusiones más bien corresponden al campo de la sociología.

Palabras claves: identidad, idiosincrasia, morelense, orgullo, "otredad".

Abstract: Identity has been a theme of interest for many writers over the years, in Mexico and the rest of the world. The study of identity in a community can be enriched by the point of view of "the others", those that do not belong to that community; they are able to observe things that are no longer visible to the locals, things that, to them, belong to everyday life. The foreign point of view does not substitute their own, but complements it, even if it is a negative or distorted one. This piece of work contains "morelenses" quotes from 29 foreigners from 12 different countries covering a period of six centuries. It is not an analytical study, but a investigation that outlines the "morelense" people of yesterday and today. In the end, preliminary conclusions are presented. Even though the sources of this work are historical, its conclusions belong more to the sociological field.

Key words: identity, idiosyncrasy, Morelos, pride, "otherness".

El tema de la identidad ha ocupado las plumas de innumerables pensadores de diversas disciplinas a lo largo de la historia y prácticamente las de todos los filósofos. Desde Platón hasta Lévi-Strauss, desde Santo Tomás de Aquino hasta Lacan y, sobre todo, Heidegger. Dos mexicanos destacaron por sus reflexiones sobre nuestra identidad: Samuel Ramos con su obra *El perfil del hombre y la cultura en México* y Octavio Paz con *El laberinto de la soledad*. Muchos filósofos más alargan la nómina de los inquisidores de nuestras características identitarias.

Al respecto, permítaseme esbozar algunas ideas. Si todos los pueblos fueran iguales, no existiría la identidad, entendida como idiosincrasia o conjunto de características que distinguen a una comunidad de las demás. Lo que nos da una identidad propia es el hecho de que existan otras sociedades con identidades diferentes a la nuestra. De alguna manera, la identidad está delimitada por la “otredad” o, mejor aún, por las “otredades”.

La más honesta y objetiva introspección llevó a Ramos, a Paz y a otros brillantes intelectuales a tratar de dilucidar nuestra forma de ser, a dar luz sobre nuestras singulares psicología y sociología mexicanas (obviando, por lo pronto, las indiscutibles diferencias regionales que existen en nuestro país). No obstante, a veces el bosque se aprecia mejor desde afuera. Quiero decir que, en ocasiones, “los otros” pueden ver con mayor claridad que nosotros mismos algunas de las características que nos perfilan, pues en tanto que su cotidianidad nos lleva a los mexicanos a no percibir las en toda su dimensión –justo porque estamos acostumbrados a ellas–, ante los ojos de los de fuera saltan a la vista. (Todo lo anterior sin desconocer que ocasionalmente los extranjeros manifiestan exageraciones, mentiras involuntarias por

falta de sensibilidad o capacidad de percepción y hasta tendenciosas falsedades).

Un claro ejemplo pueden ser nuestros Días de Muertos, aquellas mexicanísimas festividades en que los vivos honramos con alegría, y hasta con diversión, a nuestros seres queridos que ya se fueron. Tales días provocan el azoro de los forasteros: pequeños ataúdes con esqueletos que se enderezan con un resorte, como juguetes para nuestros niños; panes decorados con huesos humanos de masa para comerlos en el calor del hogar familiar; una calavera de azúcar con el nombre de nuestra amada en la frente, para obsequiársela a ella misma; en fin, versos chuscos escritos para los amigos, donde los damos por muertos. El pasmo de los extranjeros nos revela, o cuando menos nos recuerda, lo extraordinario de esas expresiones de nuestra identidad.

Dos atendibles testimonios ahondan en esta materia, matizando nuestros conceptos.

El jalisciense José Rogelio Álvarez justiprecia los diversos enfoques que ha habido sobre nosotros:

El viajero extranjero registra especialmente lo que no hay en su país, lo extraño, si de veras conoce lo propio y es objetivo; lo que juzga superior o inferior a lo que ha visto, si se remite a una tabla de valores; lo que supone de antemano que va a encontrar y su admiración o decepción una vez que le consta; pero, a menudo, solamente encuentra lo que quiere ver, porque anticipa a la opinión un prejuicio [...] Queda México instalado en una casa de espejos planos, cóncavos y convexos, parcialmente iluminado por los destellos variables de una lámpara centelleante, útil, sin embargo, para advertir que la luz natural es otra (Álvarez, 1989: 9).

Digámoslo en otras palabras, con la agudeza de Andrés Henestrosa: “Todos los viajeros, así el que niega como el que afirma, el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con

sus sombras a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia” (Henestrosa, 1988: 9).

A partir de estas consideraciones, he aquí un mero bosquejo de la identidad morelense delineado con pinceles de los más diversos orígenes, siempre teniendo en cuenta que tales puntos de vista no sustituyen o descalifican a los nuestros, sino que los complementan. Reiteremos a Henestrosa y a Álvarez: “los otros” nos dan un reflejo útil en el cual podemos vernos, a veces diáfanos, a veces distorsionados, pero en todo caso, con sus claroscuros y sus contraluces, nos ayudan a conocernos mejor. Los extranjeros, a lo largo ya de cinco siglos y en el inicio del sexto, no han parado de asombrarse ante lo que hoy es el estado de Morelos y ante sus habitantes. Escuchemos a veintinueve forasteros provenientes de doce diferentes países, sin esperar que esta compilación cale hondo en asuntos ontológicos; sólo se trata de una visión a ojo de pájaro que, en su conjunto, nos acerca al tema de la identidad morelense¹.

Iniciemos con una de las características más destacadas del oriundo de estas tierras: su acendrada dignidad individual y como pueblo, su orgullo y altivez en el mejor sentido de ambas palabras:

El soldado y cronista español Bernal Díaz del Castillo relata cómo los habitantes de Yecapixtla, cuando los quiso rendir Gonzalo de Sandoval, le mandaron decir, retándolo, “que vaya cuando quisiere”. Y cuando, asimismo, Hernán Cortés procuró intimidar a los tepoztecos, exigiéndoles su rendición, so pena de quemar el pueblo, tampoco le hicieron caso, y el despiadado conquistador cumplió sus amenazas (Díaz, 1986: 307 y 316).

¹ Un panorama más amplio puede leerse en el libro de José N. Iturriaga, *Cien forasteros en Morelos* (vid Bibliografía).

En la región del valle de Amilpas, el embajador inglés Henry George Ward, en 1827, observaba que “los hombres son de una magnífica constitución atlética y ofrecen un sorprendente contraste con el comportamiento humilde y sumiso de los indios de la Mesa Central” (Ward, 1981: 487-488).

El historiador italiano Emilio Cecchi estuvo en 1930 en el Palacio de Gobierno, en Cuernavaca, y observó a unos indígenas que hacían antesala, con gran dignidad: “Envueltos en sarapes blancos, componían grupos soberbios. Estaban sentados con una tranquilidad de posesión y con una principesca elegancia” (Cecchi, 1989: 159).

El diplomático británico Rodney Gallop, hacia 1935, escribía: “Las gentes de Xoxocotla son una mezcla de serena dignidad y abierta cordialidad que caracteriza a los indígenas del pueblo” (Gallop, 2009: 195).

La dignidad empieza desde la infancia. Elizabeth Morrow, esposa del embajador norteamericano, en 1929 aseguraba en Cuernavaca, cuando hizo una fiesta infantil para los chicos del barrio, con regalos para repartirles: “Los niños vibraban de emoción, pero ninguno se empujaba, ni aun cuando se vio claro que los juguetes no alcanzarían para todos” (Morrow, 1982: 23).

Ya en el siglo XXI, el austriaco Bruno Schwebel observaba a los hombres de Chimalacatlán: “Se parecen a Zapata. En verdad, muchos hombres de por aquí le dan un aire al caudillo. No sé... tal vez la mirada... la altivez. Y el gran bigote, con su filo continuamente planchado por un dedo” (Schwebel, 2004: 151-152).

El orgullo identitario es eje de lo que estamos hablando:

El científico alemán Eduard Mühlenpfordt, en 1834, en Acapatzingo anotaba que “es notable porque sus habitantes indígenas, durante más de 300 años, han mantenido su sangre libre de toda mezcla extraña y

porque supieron conservar la mayor parte de sus costumbres y usos heredados, salvo la religión” (Mühlenpfordt, 1993: 206).

En 1913, el militar sueco Ivor Thord-Gray, apreciaba en Tepoztlán que “han preservado, con admirable tenacidad, muchas de sus antiguas y encantadoras costumbres” (Thord-Gray, 1985: 310).

El antropólogo estadounidense Oscar Lewis, en 1943 escribía, asimismo de Tepoztlán, algo que de alguna manera abunda en nuestro asunto: “Existe un considerable espíritu de equipo en los habitantes de cada barrio. El barrio es una unidad más significativa que las divisiones oficiales del gobierno” (Lewis, 1986: 387). Es decir, la predominancia de la tradición sobre la imposición.

Sin duda que el frecuente carácter indoblegable del morelense, indómito, que se manifiesta con valentía, asimismo se relaciona con la dignidad:

Informa el historiador de origen francés Jacques Paire que, empezado el siglo XVIII, veinte tepoztecos forzaron la cárcel para liberar a un contingente de indios destinados a trabajar, contra su voluntad, en las minas de los hermanos Borda en Taxco, y lo mismo intentaron otros cincuenta en la cárcel de Cuernavaca, “enarbolando garrotes y cuchillos para liberar a los suyos” (Paire, 2006: 55).

La hotelera inglesa Rosa King, en plena Revolución, reconocía a los zapatistas:

Con todo y su rudeza y su falta de instrucción, mientras ocuparon Cuernavaca nos habían tratado con amabilidad y consideración impecables, y confiaba cada vez más en sus cualidades naturales. Tras su imponente catadura, me habían parecido niños inofensivos y valientes [...] Veía en este súbito impulso destructivo una reacción infantil a cuenta de los agravios que habían padecido [...] Los zapatistas no eran un ejército, eran un pueblo en armas” (King, 1998: 69 y 79).

El orgullo local y la dignidad grupal, asimismo pueden contener un reflejo de asuntos nacionales:

El escritor español Marcelino Domingo daba cuenta de cómo, los habitantes de Cuernavaca, en 1914 destruyeron la colonia yanqui de Miraval, como reacción de ira ante la invasión de Veracruz. (Domingo, ¿1921?: 31)

El viajero cubano Gerardo Castellanos, en 1938, observa en Morelos: “El patriotismo nativo se manifiesta en todas sus formas, notándose arraigadísimo amor hacia la bandera nacional”. (Castellanos, 1938: 133)

El orgullo identitario tiene raíces ancestrales, reconocidas y muchas veces admiradas por los forasteros:

En 1805, el arqueólogo Guillermo Dupaix, de Luxemburgo, ante un grabado prehispánico en piedra que observó en Casasano, escribió que su “precisión fundada sobre reglas geométricas, supone unos conocimientos que no se podían esperar por una nación reputada falsamente por algunos como bárbara”. Y en Xochicalco afirma que sus constructores “son y serán acreedores a la admiración y alabanzas de los presentes y futuros”. (Dupaix, 1969: 64 y 70)

El artista alemán Karl Nebel, hacia 1826, también visitó Xochicalco y quedó maravillado: “Ofrece lo que los indígenas hicieron de más perfecto en arquitectura [...] Merece, a causa de su civilización, tanta atención como los monumentos del mundo antiguo”, es decir, los de Grecia y Roma. (Nebel, 1963: XIX)

La norteamericana Helen Hayes, que ayudaba hace algunas décadas en prestigiosos orfanatos de Cuernavaca, decía:

[Los niños] llevan en ellos su pasado, una historia increíble y merecedora de orgullo. Grandes civilizaciones prosperaron aquí, culturas indias extraordinarias que en sus épocas de gloria sobrepasaron lo que estaba sucediendo, al mismo tiempo, en Europa. Estoy fascinada con ese pasado

indio, y con ese especial y bello carácter indio del mexicano. Es gentileza, es suavidad, es pureza (*Apud* Nicholson, 1982: 90 y 99).

Una paradoja que se presenta con respecto al valor reconocido por blancos y mestizos a las culturas indígenas (pasadas y presentes), nos lo muestra la antropóloga estadounidense Judith Friedlander, que en 1970 investigaba en Hueyapan: “El vivir con los hueyapaneños me enseñó qué significa estar sojuzgado y cuán perturbador es para el indígena el sentirse discriminado por ser indio y, al mismo tiempo, ser admirado por representar el ‘espíritu auténtico’ de México”. (Friedlander, 1977: 18)

Parte importante de la raigambre prehispánica son la vocación estética popular y el culto a la muerte (si bien, este último, ya ostenta una gran dosis de sincretismo):

El médico francés Bernard Villaret, en Tepoztlán, escribía en 1959: “Los mexicanos, que tantísimo gusto artístico demuestran, realmente tienen una idea de la muerte muy distinta de la nuestra”. (Villaret, 1978: 110-111)

Y el coleccionista americano Robert Brady confiaba desde Cuernavaca a una amiga, en 1961: “Tú ya tienes alguna idea de cómo los mexicanos tratan a la muerte, pero hoy fue fantástico. La alegre decoración de las tumbas es intrincada y artística. Los deudos se sientan alrededor de la tumba cantando y bailando. Es algo realmente maravilloso e inteligente”. Quizá Brady se refería a Ocotepéc. Y cuando aquí construía su casa, reconocía: “Los trabajadores son amables y sensibles”. (Brady, 1959: carta inédita)

El novelista estadounidense Howard Fast, en la segunda mitad del siglo XX, al realizar una compra a un artesano de Cuernavaca, reflexiona:

Era muy poco dinero, demasiado poco dinero por su magnífico trabajo y por la madera preciosa que había empleado. Mi asombro se debe al hecho de que hubiera trabajado tanto para hacerlo con tanta belleza. El significado de la belleza para este hombre se apoya en mil años de experiencia y cultura (Fast, 2003: 51).

Esta sensibilidad no es expresada solamente de manera artística, sino asimismo a través de una fineza de espíritu. La desdichada e ilusa Carlota mucho agradeció, recién llegada a Cuernavaca, la delicada actitud del pueblo ante la noticia de la muerte de su padre, el rey de Bélgica:

Las flores fueron sustituidas por crespones de duelo; los gritos y los cohetes, tan comunes, cambiaron por una expresión de triste condolencia, incluso entre la población autóctona. Con el tacto innato de los habitantes de este país, los indios quitaron los arcos de triunfo en cuanto supieron el duelo; todos los preparativos de fiesta desaparecieron en un instante (Carlota de Bélgica, 1992: 316).

Otra faceta de un espíritu refinado suelen ser la hospitalidad y la limpieza. Veamos algunos testimonios:

Cuando el fraile español Antonio de Ciudad Real pasó por Huitzilac, hacia 1586, acompañando al comisario franciscano Ponce de León, anota que “fue muy bien recibido y se le hizo mucha caridad por parte de los indios”. Y en Cuernavaca “le recibieron con mucha solemnidad y se holgaron en extremo con su llegada” (Ciudad Real, 1977: 60).

Ya en el siglo XVII, tres años antes de que concluyera, vino el viajero italiano Juan Francisco Gemelli Carreri y en Amacuzac anotaba: “Se tiene allí tan buen orden, que a cualquier hora que llegan los pasajeros, vienen luego el *topil* y el mesonero a proveerles de todo lo que han menester” (Gemelli, 1983: 39).

En 1826, el comerciante inglés William Penny, en la hacienda cañera de Santa Inés, disfrutó lo que él llama “hospitalidad a la española”, con

cuatro comidas diarias, y asimismo la plática de las damas, “cuya cultura y educación me resultaron superiores a lo que yo había visto y sopesado en la capital” (*Apud* Ortega, 1987: 180-181).

La marquesa Calderón de la Barca, inglesa casada con el embajador español, hacia 1840 se sorprendía del cuidadoso aseo de los indios de Acapatzingo, y asimismo en Tetecala de “la gente limpia y bien vestida” (Calderón de la Barca, 1981: 227 y 231).

En 1911, Jacinto García, encargado de negocios de Argentina en México, visitó Cuautla y observó “moradas sencillas y limpias, el interior de las casas albeante. Una población donde se advierte ese prurito de limpieza y cuidado, acusa cualidades en sus habitantes y les recomienda como gente sencilla, sana y virtuosa” (García, 2005: 66).

En Tepoztlán, el escritor español José Moreno Villa relataba a mediados del siglo XX que “las niñas de los colegios van limpias y vestidas de blanco. Los hombres llevan huaraches. Domina la limpieza” (Moreno Villa, 1985: 217).

Aunque la belleza no tiene que ver con la identidad ni con la idiosincrasia de un pueblo, para finalizar no quisiera dejar de agregar este par de citas que nos alegran:

Hacia 1841, el secretario de la embajada estadounidense, Brantz Mayer, se deleitaba en Cuernavaca: “Muchas familias de las principales estaban sentadas a la sombra de los pórticos, y no era posible dejar de parar mientes en la belleza delicada de las hembras” (Mayer, 1953: 230).

Por su parte, el comerciante francés Emile Chabrand, en 1890, se explayaba: “Todas las mujeres de Cuernavaca, ricas o pobres, llevan siempre rebozo. Como entre ellas abundan las de gran belleza, esta especie de gracioso chal les va de maravilla” (Chabrand, 1987: 122).

Conclusiones preliminares: Aunque el mexicano en general es un pueblo con gran orgullo identitario (a veces hasta el chovinismo), el morelense en particular destaca por lo acendrado de ese orgullo, y lo ostenta con respetable altivez. Tiene una marcada dignidad individual y como pueblo, que empieza desde la infancia. El frecuente carácter indoblegable, indómito, que se manifiesta con valentía, asimismo se relaciona con la dignidad colectiva. Ese orgullo identitario tiene principalmente raíces prehispánicas. Dicha raigambre ancestral conlleva otras características: sensibilidad artística, fineza de espíritu, hospitalidad y hábitos de limpieza.

Motivo de otro estudio sería evaluar el ascendiente hispano en la presencia de esas características. Por lo pronto, sólo me parece evidente en la hospitalidad, sobre todo como resultado de la influencia árabe a lo largo de ocho siglos en la península ibérica, justo antes de la llegada de los españoles a México.

Aunque las anteriores conclusiones preliminares me parecen aplicables a la mayoría de los morelenses, un estudio a fondo señalaría, sin duda, variantes por grupos poblacionales: indígena o mestizo, rural o urbano y estratos económicamente débiles o elevados.

Bibliografía

Álvarez, José Rogelio (1989), "Prólogo", en Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI-XX*, tomo II, México: Fondo de Cultura Económica.

Brady, Robert (1959), Cartas inéditas propiedad de la Fundación Robert Brady, A. C.

Calderón de la Barca, madame (1981), *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México: Porrúa.

José Iturriaga de la Fuente. *La identidad y los otros. La identidad morelense*

Carlota de Bélgica (1992), *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*, México: Banco de México.

Castellanos, Gerardo (1938), *Paseo de La Habana a Acapulco*, Cuba: s.e.

Cecchi, Emilio (1989), *México*, México: Fondo de Cultura Económica.

Chabrand, Emile (1987), *De Barceloneta a la República Mexicana*, México: Banco de México.

Ciudad Real, Antonio de (1977), *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Díaz del Castillo, Bernal (1986), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México: Porrúa.

Domingo, Marcelino (¿1921?), *Alas y garras*, Madrid: Mundo Latino.

Dupaix, Guillermo (1969), *Expediciones acerca de los antiguos monumentos de la Nueva España*, Madrid: Porrúa Turanzas.

Fast, Howard (2003), *Cristo en Cuernavaca*, México: Clandestino.

Friedlander, Judith (1977), *Ser indio en Hueyapan*, México: Fondo de Cultura Económica.

Gallop, Rodney (2009), *Mexican mosaic*, México: Conaculta.

García, Jacinto (2005), *Memorias íntimas de México*, Perú: Universidad de San Marcos.

Gemelli Carreri, Juan Francisco (1983), *Viaje por la Nueva España*, México: Porrúa.

Henestrosa, Andrés (1988), "Prólogo", en Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, siglos XVI-XX*, tomo I, México: Fondo de Cultura Económica.

Iturriaga, José N. (2008), *Cien forasteros en Morelos*, México: CIDHEM-Instituto de Cultura de Morelos.

King, Rosa (1998), *Tempestad sobre México*, México: Conaculta.

- Lewis, Oscar (1986), *Ensayos antropológicos*, México: Grijalbo.
- Mayer, Brantz (1953), *México, lo que fue y lo que es*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno Villa, José (1985), *Cornucopia de México*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Morrow, Elizabeth (1982), *Casa Mañana*, Cuernavaca: Summa Morelense.
- Mühlenpfordt, Eduard (1993), *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, México: Banco de México.
- Nebel, Karl (1963), *Viaje pintoresco y arqueológico por la República Mexicana*, México: Porrúa.
- Nicholson, Nick (1982), *I was a stranger*, New York: Sheed and Ward.
- Ortega y Medina, Juan A. (1987), *Zaguán abierto al México republicano*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Paire, Jacques (2006), *Senderos de plata*, México: Grijalbo.
- Schwebel (2004), *Comida corrida y otros cuentos*, México: Fontamara.
- Thord-Gray, Ivor (1985), *Gringo rebelde*, México: Era.
- Villaret, Bernard (1978), *Conozca México*, México: Daimon.
- Ward, Henry George (1981), *México en 1827*, México: Fondo de Cultura Económica.

José Iturriaga de la Fuente: Licenciado en Historia (Universidad Iberoamericana) y Licenciado en Economía (UNAM). Líneas de investigación: textos de extranjeros sobre México e historia y antropología de la cocina mexicana. Últimos libros: *Viajeros extranjeros en Michoacán* (Secretaría de Cultura del Estado, 2010), *Confieso que he comido. De fondas, zaguanes, mercados y banquetas* (Conaculta, 2011) y *Los caminos del azar* (Lotería Nacional, 2011).